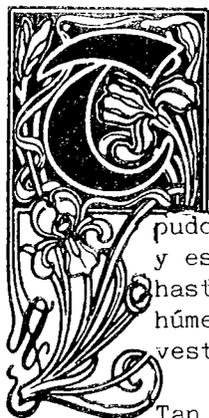


UNA DIOSA DE NACAR ME OFRECE SUS RACIMOS

a Mercedes Escolano



TRANSCURRIO desde entonces tanto amor como el tiempo pudo haber desgranado sobre tu cabellera, y esparcirse, después, navegando en un sueño, hasta anidar en musgo e instalarse en la piedra, húmedo testimonio de un licor que fue cuerpo vestal y llameante, grial de púrpura y seda.

Tan alto respiraba, que era más que un aroma su tibia incandescencia de llamas cristalinas en donde se dijera reposaba la aurora, libando entre tus pechos las copas infinitas de una pasión antigua o una febril antorcha que en rojo iluminaba, más y más, tus mejillas.

Era aquella la edad que no apagan los siglos ni el mar ataca o vela la bruma ni el misterio quebranta, territorio de estrellas y prodigios el labio azul que afluye sus cándidos secretos, destilando armonía, cera que arde de un cirio para aliviar la tenue penumbra de los muertos.

Sucedió, simplemente, que había colmado el mundo tu alígera presencia, nube blanca de incienso, vapor frágil de diosa coronando los muros que cercan los jardines lánguidos del invierno, y el aire se embriagaba con el perfume puro de tu piel sobrehumana, como un lagar inmenso.

Domingo F. FAILDE

